

RECLAMACIÓN POR SEGUIMIENTO INDEBIDO

Benigna por su cuenta

A QUIEN CORRESPONDA:

Yo, Benigna Loureiro Varela, de ochenta y tres años, vecina de Vilachá de Arriba y peregrina por gusto propio, comparezco para presentar reclamación por un asunto que, no siendo grave, ha empezado a tener una insistencia muy poco cristiana.

EXPONGO:

PRIMERO. Que salí de Lugo por la Porta Miñá rumbo a Santiago con una mochila pequeña a la espalda, lo necesario para el día. La grande me la irían llevando de alojamiento en alojamiento hasta Santiago. Con los años se aprende que hay esfuerzos que merecen la pena y otros que son ganas de hacerse la vida más incómoda para que alguien nos dé una medalla que no existe. No veía yo qué iba a ganar cargando cien kilómetros con el pijama, las mudas y el neceser, aparte de dolor de hombros y mal humor.

Lo menciono porque, nada más empezar, un señor muy equipado él — bastones, reloj, pantalón técnico y esa seguridad que da estar convencido de que los demás hacen mal las cosas— consideró oportuno informarme de que aquello «no era hacer el Camino de verdad».

No discutí. Con los años una aprende a distinguir bastante bien una conversación de una pérdida de tiempo. Le dije solamente que, cuando tuviera mi edad, si todavía le hacía ilusión cargar doce kilos a la espalda, me escribiera para que lo habláramos.

Él siguió con su mochila.

Yo tuve la suerte de no cargar también con su opinión.

SEGUNDO. Que encontré a una rapaza caminando de espaldas mientras se grababa con el teléfono. Iba hablando de «conectar con el Camino» sin mirar el Camino, cosa que me pareció de bastante mérito. Como se acercaba peligrosamente a un mojón, le advertí que, si continuaba *conectando* de aquella manera, iba a llegar a Santiago por urgencias.

La muchacha se rio, me dio las gracias y siguió con el teléfono levantado. Yo continué andando y no pensé más en ella. Bastante tiene una con llegar donde va como para ocuparse también de por dónde van los demás.

Ahí debería haber terminado el asunto.

Pero a la mañana siguiente, nada más ponerme en camino, una chica que venía en dirección contraria me miró, sonrió como si me conociera y me saludó por mi nombre. Eso ya me hizo volver la cabeza. No porque mi nombre sea secreto, pero una espera oírlo en boca de quien sabe quién es una.

Le devolví el saludo, naturalmente. Una puede no conocer a alguien y seguir teniendo educación.

Poco después, otro caminante gritó al pasar: «¡Buenos días, Benigna!». Esta vez me quedé mirándolo, intentando averiguar de qué demonios podía conocerme. Antes de que encontrara una explicación, un tercero volvió a saludarme con la misma familiaridad.

Al principio pensé que serían conocidos de mi nieta Lidia, porque llevaba días anunciando por el *guasá*, con más entusiasmo que discreción, que su abuela se iba sola a Santiago. Lidia conoce gente hasta debajo de las piedras y, además, tiene la costumbre de contar mis cosas como si fueran noticias de interés general.

La teoría duró poco.

Una muchacha se acercó para pedirme una fotografía. Después un hombre me felicitó «por ser tan auténtica», cosa que me sorprendió bastante. A estas alturas del calendario, ser una misma me parece más costumbre que hazaña.

El siguiente aseguró que me seguía desde la noche anterior. Aquello ya me pareció más serio, porque el hombre venía de frente.

Fue entonces cuando volví a encontrarme con la rapaza que iba grabándose al salir de Lugo. Se llamaba Clara y fue ella quien me explicó el misterio: mientras yo le advertía que mirase por dónde iba, la muchacha había seguido grabando y después había subido el vídeo a Internet. Por alguna razón que todavía no comprendo, verme decirle a una desconocida que mirase por dónde iba les había parecido interesante a varios miles de personas.

Como Clara iba también hacia Santiago, y las dos llevábamos un paso bastante parecido, terminamos haciendo juntas buena parte del camino de aquellos días.

TERCERO. Que, una vez aclarado el misterio, empezó otro bastante más cansino.

Por lo visto, aquello del mojón había hecho muchísima gracia. No tengo inconveniente en que la gente se ría. Reírse es sanísimo y, de momento, no hace falta ni receta. Lo que no entiendo es por qué algunos peregrinos empezaron a acercárseme con el teléfono ya en alto, como quien va a una fuente seguro de que con abrir el grifo tiene que salir agua, esperando que yo dijera alguna otra cosa digna de ser grabada.

Uno me pidió «una frase de vida». Le dije que se atara el cordón, que lo llevaba suelto. Parece ser que también gustó.

A otro le interesaba saber cuál era mi secreto para estar haciendo el Camino con ochenta y tres años. Le expliqué que ninguno: había llegado a los ochenta y tres cumpliendo un año detrás de otro y estaba haciendo el Camino poniendo un pie delante del otro.

El hombre no quiso quedarse con eso. Esperaba algo más profundo.

Mala suerte.

La profundidad está muy bien para los pozos.

Y como algunos de aquellos encuentros acababan también grabados y circulando por Internet, el asunto empezó a alimentarse solo. Cuanto más rodaban aquellos vídeos, más gente parecía quedarse al acecho, por si a servidora le daba por soltar otra de esas frases que luego hacen carrera por su cuenta.

CUARTO. Que al llegar a Melide, donde el Primitivo se junta con el Francés, también se multiplicaron los peregrinos y, con ellos, los teléfonos. Fue allí donde confirmé una costumbre que, con todos mis respetos, merece estudio.

Hay peregrinos que llegan a un sitio hermoso y lo primero que hacen es darle la espalda.

Se colocan delante del paisaje, levantan el teléfono y miran la pantalla. Si la fotografía no sale bien, vuelven a ponerse. Si alguien pasa detrás, repiten. He visto a una pareja darse tres veces el mismo abrazo hasta que quedó espontáneo.

No critico. En mi pueblo también se ha presumido toda la vida. Había quien estrenaba abrigo para comprar perejil y daba un rodeo por la plaza para que la vieran las cuñadas. La vanidad no la inventó Internet.

Lo que ha hecho Internet es ahorrarle el paseo.

Pero una cosa es querer guardar un recuerdo y otra pasarse el día fabricando pruebas de que se está viviendo.

Esto último tampoco lo dije en voz alta.

Una no llega a vieja para convertirse en sermón ambulante.

QUINTO. Que Clara resultó tener bastante más juicio del que prometía aquella manera suya de avanzar de espaldas.

Al principio lo grababa todo. Después empezó a dejar el teléfono en el bolsillo cada vez más rato. No fue porque yo se lo dijera. Ni se me ocurrió. Con los años he comprobado que las ideas que mejor agarran son las que una cree haber tenido sola; las demás suelen entrar por un oído con muchas recomendaciones y salir por el otro con la misma prisa.

Ya cerca de Santiago atravesamos un tramo entre árboles. Se oían el agua, los pájaros y nuestras pisadas en la tierra. Clara sacó el teléfono casi por costumbre, lo sostuvo un instante y volvió a guardarlo.

Me pareció que, por primera vez, había decidido quedarse con el momento en vez de entregárselo al teléfono.

SEXTO. Que al llegar al Obradoiro Clara quiso hacer una última grabación. Según ella, quienes llevaban días siguiéndome por Internet estaban esperando «el final», como si una no pudiera llegar a Santiago sin rematar la faena con una frase bien colocada.

Me pidió que mirara al teléfono y dijera algo para todos ellos. Yo miré primero la catedral, después la plaza y, por último, a la gente que tenía alrededor: unos se abrazaban, otros lloraban, otros reían y no faltaba quien buscara el ángulo exacto para que en la fotografía pareciese que había llegado solo.

Clara insistió un poco. Que eran miles, me dijo. Miles de personas pendientes de lo que yo pudiera decir.

Y, mire usted, por eso mismo se me quitaron las ganas.

Después de varios días viendo aparecer un teléfono cada vez que abría la boca, me apeteció hacer una cosa bastante extravagante para los tiempos

que corren: estar en un sitio sin anunciarlo, disfrutarlo sin comentarlo y dejar que el momento terminase sin obligarlo a salir favorecido.

Le pedí a Clara que guardara el teléfono. No tenía nada contra quienes me seguían desde Internet; al contrario, bastante constancia habían demostrado acompañándome hasta Santiago sin poner un pie en el Camino. Pero, ya que los pies los había puesto yo, me pareció justo reservarme cinco minutos para llegar sin público.

Así que me quedé mirando la plaza y no añadí nada.

Fue entonces cuando pensé que, si tanta gente había decidido seguirme sin que yo se lo pidiera, lo mínimo era dejar constancia de que servidora no había convocado a nadie.

POR TODO LO EXPUESTO, SOLICITO:

Que se dé por enterado quien corresponda —y los que no correspondan también, que últimamente son mayoría— de que una no está para repartir doctrina, dar consejos para vivir ni fabricar frases de esas que luego aparecen escritas sobre una puesta de sol.

He llegado a Santiago como me ha dado la gana: andando lo que podía, dejando que me llevaran la mochila de alojamiento en alojamiento, parando a tomar café cuando el cuerpo lo pedía y sin someter el Camino a examen para que nadie me certificase si lo estaba haciendo bien o mal.

Y que conste también que no tengo inconveniente en que me sigan. Lo que agradecería es que no confundan seguirme con esperar que lleve una enseñanza preparada cada vez que abro la boca.

Porque una cosa es seguir a alguien por curiosidad y otra muy distinta necesitar que le digan por dónde ir.

Es cuanto solicito, sin perjuicio de que cada cual haga después lo que le dé la gana, que es exactamente lo que pienso hacer yo.

Y, si alguien necesita instrucciones para continuar, no hace falta que espere otra frase mía.

Para eso, en el Camino, llevan siglos funcionando bastante bien las flechas amarillas.